

DE “Instrucciones para matar *un caballo* y  
*Valle Dickinson*” Poemas  
MANUEL BECERRA

Traducción: KRISTIN DYKSTRA

## CONCIERTO DEL BOSQUE

Es un acto contra la muerte el de los niños que bajan las empinadas del bosque. Este lugar arde, se cubre de aldeas y, por momentos, apresura la niebla. En su espesura reposa la sobriedad de un hombre afiebrado que sueña con baldes de agua. También en las verdes depresiones los aldeanos se aman a ojos de nadie.

Hay una aldea bajo las constelaciones y una mujer que a la orilla del río lleva siglos lavando la quietud del agua.

Hay también un arpista encargado del incendio de las veredas. Tiene a su cuidado la instrumentación de Sonatas de agua, Fados de transparencia y verano, Canciones para adolescentes fumando en el claro del bosque.

## TOKIO

¿Recuerdas todavía aquel cortometraje  
de Shōhei Imamura donde un hombre, un soldado  
imperial vuelve de la guerra y adopta el modo  
vital de las serpientes, y ya hecho una serpiente,  
empieza a devorar roedores y a vivir  
en los ríos y hacia el final se aleja  
ondulando por aguas azules y tranquilas  
de una cascada puesta en el estudio  
y una mujer le grita poco antes del Fade out:  
<¿tanto te repugnó ser hombre?>?

MILL RIVER ES UN ÁREA DE BOSQUE QUE GUARDA UN RÍO EN CALMA. Sus aguas detenidas, apenas entramos, vuelven a fluir con un movimiento de leche y miel. Bajo el puente se estancan algunos peces indecisos, logrando órganos y visibilidad a través de un duelo de luz y sombra. Cada banca de piedra, cada sendero que conduce a él está dedicado a la memoria de alguien. Nosotros hemos entrado por un camino en memoria a Jennifer Melnick. ¿Quién fue ella? Hasta ahora sólo se sabe que su nombre desemboca en un bosque de vértebras oscuras y que se deja entibiar por el sol desde lo alto de los árboles, un entramado sanguíneo de agua y penumbra. El paso ondulante de las culebras sobre el polvo forman fósiles que desaparecerán —con ese deseo efímero de ser el recuerdo de alguien— apenas los dejemos atrás. El bosque de Jennifer Melnick está al cuidado del verano. Lo vigila cada corredor herido por el sol y cada animal durmiendo sobre las ramas como un bebé recién nacido en las manos del padre.

## UNA ESTRELLA LLAMADA LAVINIA

En la casa amarilla comparten sitio dos mujeres.

Una de ellas vive en el recuerdo de la otra.

Si una se sirve una copa de alcohol, la otra

utiliza la misma infusión para encender

una lámpara de mano. Una sabe la hora

por el paso de la luz que abandona el muro.

La otra apenas toca el suelo. Sus pies han caminado

por más de cien años en el jardín del traspatio.

El sopor del vino deja a una de ellas dormida en el sillón.

La otra abandona la casa atravesando el muro.

## FOTOS DE PEQUEÑO FORMATO

Señala Emily una estrella a la que sigo  
como un profeta, porque ya no existe  
el temor a la muerte ahora que ha decidido  
mi destino desde su sitio múltiple.  
Dice que todo es cierto y así es.  
Acaricia a un felino en su regazo  
pero también despierta en Filadelfia:  
sueña que un tiburón le pasa por los pies.  
Cruza el río Connecticut en tren.  
Me habla desde un idioma a señas:  
la escritura salvaje: nuestra Tiniebla en común.  
Apunta dónde caerá la cabeza  
de los hombres en mi siguiente sueño  
y así es como sucede nuevamente.

VISITAMOS LA TUMBA DE EMILY. El musgo trepa vivo como un molusco adherido a la piedra. A mitad del 1884 comienza a desvanecerse y la plaga se integra a los rayos del sol. Las últimas cartas de Emily fueron breves. Antes de morir sólo escribió: “me llaman”. La piedra donde descansa Lavinia, su hermana, muerta seis años después —es por Lavinia que Emily se mantiene aún con vida—, tiene las palabras comunes: Born - Died. La piedra donde duerme Emily Dickinson alude a aquella última carta: Born 1830 - Called back 1886. Fue llamada por la misma enfermedad que se llevó a Mozart. Sobre la oscura losa hay pequeños guijarros circulares, un tanto marinos, que los lectores afligidos y extasiados dejan a manera de ceremonia. Hay un cigarro de mariguana sobre una tapa blanca de cerveza. Esa noche la soñé como una mujer que alguien —Lavinia—rescataba del mar y sobre la arena devolvía por la boca una gran cantidad de agua. Su cuerpo era un castillo de hielo deslavándose a orillas del océano; su vestido, una prolongación de las caracolas.

## LA CANCIÓN DE EMMETT TILL

Soy Emmett Till y tengo catorce años.  
Estoy —siempre— volviendo al Mississippi.  
Me gusta ver los cuadros del paisaje:  
veo a mi madre dar caza a una gallina  
para comer con todos mis hermanos.  
Aquí vive también Carolyn Bryant,  
una rubia plateada por la luna.  
Le dije un día en Mississippi: Chao, baby.  
Era un día caluroso y disfrutaba  
ver el paisaje como el negativo de una fotografía:  
los negros en los campos de algodón.  
Yo le dije: Chao, baby en Mississippi  
y entonces Big Milam, el amo,  
vino por mí a casa y me reprendió.  
Me llevó a caminar como un profeta  
entre las aguas del Mississippi.  
Me dieron todos duro y con un palo  
y ya no volví a casa con mi madre.  
Me buscaron debajo de los puentes  
que es donde buscan a los negros  
y finalmente allí me hallaron.  
Estoy —siempre— volviendo a casa.  
Soy Emmett Till entre las conchas marinas  
y vivo bajo un puente en el Mississippi  
donde tendré catorce para siempre.



(para el poeta Horacio Castillo)

Mi madre tenía un pecho blanco y un pecho negro.

Tomaba de la leche transparente, leche de almendras venida de mi madre hasta saciarme, pero eso no pasaba. Entonces

volvía de la iglesia mi cuidadora y me daba de su leche oscura, voluptuosa;

sus cabellos venían del África,

el continente más grande del mundo. África

y su geografía de estómago que recorre paralela desde la Patagonia hasta Canadá.

Son injustos los mapas.

Mi madre tenía un pecho blanco y un pecho negro.

Me daba de beber su leche blanca como la luz de los campos de algodón,

una hoz dulce que corta los labios. Me seducía la dulzura de su pecho, su pecho como un cisne agazapado, pero después se secaba pronto

y entonces nuevamente me pasaba a la cuidadora y ella me acercaba sus pechos negros y me daba de una bebida cansada: bebe,

me decía, esta es la leche sonora del sueño. Y yo corría hacia esa madriguera, la guarida oscura de las liebres. Sabía agrio de sudor pero me abastecía de vida. Abrevaba de él como un ciervo entre las aguas heladas hasta la medianoche.

Mi madre tenía un pecho blanco y un pecho negro

El día se abría con sus cientos de alas al aire y mientras acercaba su pecho de miel, me decía: bebe de mí esta leche de ternera solar. Pero no importaba si no lo hacía y entonces de nuevo mi madre mandaba a traer del establo a la cuidadora, cuidadora cuyos pechos graves fortalecían la flor ósea del cuerpo, los huesos infinitos, y yo bebía ávido del pezón oscuro leche aciaga, inusitada leche de antigua esclava y sus ojos brillaban en la noche como el bello racoon. Su dentadura era una hoz poderosa que segaba la sonrisa dorada de mi madre.

Mi madre tenía un pecho blanco y un pecho negro.

## CUENTOS DE ESCLAVITUD Y EMANCIPACIÓN

—En torno a la obra de William Aiken y Kara Walker—

### Historia de Leda

#### I

La Oca es el nuevo nenúfar, mientras flota la sigue una raíz de olivo bajo el lago.

Es tan blanca que se mueve con la seguridad de tener altura incluso por sobre un hombre.

Confía en la quilla de su pecho, pequeño navío que peina el agua con un cordón de plata.

La suya es una nación de flores acuáticas y peces que van y vienen por la vida del lago sin importar a nadie.

Silba su veneno si me acerco. Y monta al pequeño ganso jaspeado: Leda, la hermosa mujer del suburbio, esposa de Tindáreo, el migrante.

Confusa Leda entre apareamiento y desafío es sometida bajo las alas de la Oca de tal forma que por momentos se hacen parte de la espuma que se bate con violencia debajo de ellas.

Están habitadas por un dios estadounidense.

Si cierro los ojos, son una escultura de hielo. Si los abro, continúa la desfloración.

#### II

Así la Oca, ágil y artera, tomó a Leda y Leda parió después en medio del breñal dos huevos.

De uno de ellos nacerán los gemelos. La Oca no se hará cargo. Serán semidioses por la certeza de su cielo.

Alguien más, tiempo después, los hará constelación.

Los ginecólogos llaman al instrumento que mantiene abierta la vagina de la paciente, Cisne de Leda o Boca de pato en honor a este suceso.

ENTRETANTO LEDA

En el campo de algodón Leda  
con falda larga delantal a cuadros  
a su lado Tindáreo  
limpiándose el sudor con el dorso de la mano  
Los pequeños Clitemnestra y Cástor  
apoyados en una pala para rastrillar la tierra  
sonríen

En el dintel de la fotografía:

Sharecroppers 1840

## RECONSTRUCCIÓN DE LOS HECHOS

1. Leda roba un gran huevo de avestruz.
2. Mentalmente ya lo ha comido Pero lo esconde bajo el vestido y logra llegar hasta la cocina.
3. Las empleadas domésticas fingen.
4. Coloca un sartén sobre la hornilla. La enciende, quiebra el cascarón y mira expandirse una yema dorada a sus anchas.
5. Aliviada piensa que hoy comerán los pequeños Helena y Pólux.
6. Alguien que no vio la historia desde el inicio, escribe:
  - 6.1. Una esclava llamada Leda quedó preñada por el amo, dueño de varias hectáreas de algodón.
  - 6.2. Leda cruzó el jardín encinta y lucía como un basilisco que se hubiera comido un huevo.
  - 6.3. Una serpiente oscura tarda nueve meses en hacer digestión.
  - 6.4. Helena y Pólux son hijos del amo y están por nacer otros dos.
  - 6.5. Probablemente sean de Tindáreo, el esclavo multiusos.
7. Tindáreo, exterminador de langostas, recolector de granos, picapedrero, sueña con Leda atravesando sigilosa entre los oros del trigo.

## ENTRETANTO LEDA

Leda con una cesta en perfecto equilibrio

sobre la coronilla

Leda se vuelve se inclina se erige pero la cesta

y el algodón macerado que traslada

no se cae ni se mantiene fuera de su sitio

Los hijos y los hijos de los hijos de Leda nacerán

con una canasta similar a un cúmulo de lluvia

o un globo de diálogo sobre sus cabezas